

ALBERTO INIESTA

# LA HERMANA MUERTE, CAMINO de plenitud



Emaús 27



Alberto Iniesta

# La hermana muerte, camino de plenitud

Colección Emaús 27  
Centre de Pastoral Litúrgica

---

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235 – Fax (+34) 933 184 218

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: febrero de 1997

Tercera impresión: marzo de 2016

ISBN: 978-84-7467-444-6

Depósito legal: B 7763-2011

Printed in UE

Imprime: Open Print, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

## SUMARIO

|                                                                            |    |
|----------------------------------------------------------------------------|----|
| Para caminar en la esperanza .....                                         | 7  |
| El hombre ante la muerte .....                                             | 9  |
| Espiritualidad cristiana de la muerte .....                                | 16 |
| Caminos de plenitud .....                                                  | 32 |
| Celebración cristiana de la muerte .....                                   | 61 |
| Escolio: Interrogantes de la reencarnación y de la re-<br>surrección ..... | 72 |

---

## Los cristianos, llamados a la vida

El Crucificado/Resucitado nos abre las puertas de la Vida, nos enseña el camino, y además nos acompaña en nuestro caminar. Desde el bautismo comenzó esta carrera hacia la Vida. Más aún: la Vida divina se nos ha adelantado, ha venido a nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado como Don estable, engendrando en nosotros al Hijo, haciéndonos así hijos del Padre y hermanos de los hombres. Por eso, bien podemos decir como san Pablo: “Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí,” convive su vida conmigo y yo convivo la mía con la suya.

El apóstol san Pablo emplea algunas veces palabras y frases que expresan esa comunión entre Cristo y nosotros, como “vivir con”, “padecer con”, “morir con”, “resucitar con” y “reinar con”. “Nos resucitó y nos sentó con El en el cielo”, por ejemplo, en la epístola a los Efesios (2,6).

El humorista español Jardiel Poncela escribió una divertida comedia titulada “Cuatro corazones con freno y marcha atrás”, en la cual un sabio descubre el elixir de la eterna juventud. Algunos personajes lo toman, y cuando ya son abuelos están como unos jóvenes, llevando una vida ligera que trae de cabeza a sus hijos y a sus nietos.

Pero ese elixir no existe, ni parece posible, ni quizá deseable, porque podría traer a la humanidad más problemas de los que aparentemente solucionaría. Hay quien dice que si la vida humana ya está bastante llena de problemas, y en todo caso es tan aburrida, sería insoportable la idea de no poder morir jamás, de tener que soportar para siempre el cónyuge, la suegra, el niño, el jefe o, aun suponiendo la “liberación” de todos ellos, soportarse a sí mismo eternamente. (Si bien es cierto que en el caso de la comedia se supone que no sólo no se envejece, sino que cada día se estaría más joven, retrocediendo con “marcha atrás” hacia la adolescencia, la infancia, terminando por desaparecer de todos modos en el túnel del tiempo y en la nada).

Fantasías humorísticas aparte, lo cierto es que día tras día vamos envejeciendo, dejándonos la piel en el camino, muriendo lentamente una larga agonía, como decía otro humorista madrileño, Ramón Gómez de la Serna, que escribió una novela titulada “Moribundia”, porque el hombre es moribundo de por vida, valga la paradoja. El bebé que acaba de nacer empieza a respirar llorando, y comienza a morir viviendo, lo que hará puntualmente día tras día, sin fines de semana, puentes ni vacaciones. De ese trabajo nadie nos puede liberar. Hasta que la muerte nos jubile tristemente, sin júbilo alguno, para siempre.

En cambio, mientras la vida humana se va quedando en el camino, como el caracol va dejando la huella de su baba, la vida cristiana va creciendo en nosotros si le dejamos al Espíritu que nos siga llenando por los diversos medios de que disponemos los cristianos, sin excluir aquellos hombres –varones y mujeres– de buena voluntad, que tratan como hermanos a los hombres, sirviendo y ayudando a los más débiles, viviendo como hijos de Dios, Padre de todos aunque ellos no lo sepan, como dice el Concilio en la Constitución sobre la Iglesia (núm. 16).

Volviendo de nuevo a los cristianos, que seguirán siendo el centro de nuestra meditación, el Dios que nos ha engendrado en Cristo no nos ha abandonado en un portal ni dejado en el torno de la Inclusa, ni siquiera en una guardería, sino que Él mismo, como una buena madre, nos cuida, nos abraza, nos mece, nos da el pecho, nos canta y nos arrulla. “Como un hijo al que su madre consuela, así os consolaré yo a vosotros” (Is 66,11).

Como María, en Nazaret, amamantaba en su regazo al Hijo de Dios, así el Espíritu Santo nos amamanta en la Iglesia “con sus ubres abundantes”, de muchas maneras y por diversos medios. El trabajo profesional y el servicio ocasional, el duelo y la fiesta, la vida social, económica y política, el arte y el deporte, la amistad y la familia, la salud y la enfermedad, todo puede vivirse al mismo tiempo como encuentro con Dios, experiencia de Dios, convivencia con

Dios Padre, que nos da de su Espíritu para hacernos crecer en el Hijo y en la familia de los hombres.

De manera especial, de modo más explícito e intencional –al menos, por parte nuestra, dadas nuestras limitaciones–, en la lectura espiritual, la meditación, la oración y la celebración sacramental vamos creciendo, hasta llegar a la estatura que Dios tenga previsto que alcancemos en Cristo por medio del Espíritu.

La Eucaristía es el centro, el hogar, la mesa familiar de los hijos de Dios, el memorial de lo que la Santa Trinidad hizo y hace por nosotros, actualización del amor de Jesús que se entregó al Padre por salvarnos, y ahora se nos entrega a nosotros para alimentarnos con su vida, la vida que puede así llamarse con toda propiedad, porque no muere, porque nos da la vida para siempre.

Los alimentos del cuerpo están de suyo muertos, y aunque nos dan algo de vida, es una vida caduca, que poco tiempo dura. Además, la vida humana es fragmentaria, pasajera, huidiza, se nos escurre entre las manos, se pierde para siempre por el sumidero del tiempo. Todos los buenos ratos, los momentos felices, los encuentros amables o las fiestas, todo pasó rápidamente, no volverá jamás. Por otro lado, aquello que estamos esperando y preparando, está escondido todavía en el misterio dudoso del futuro. Tan sólo tenemos en las manos el breve instante del presente, que cuando queremos apretarlo se deshace fugaz en el pasado. No podemos vivir la vida plenamente, sino a sorbos, como una película que no se puede contemplar globalmente, de un vistazo, de manera sinóptica, sino a sorbos, a trozos, a retales. Aparte de que siempre, indefectiblemente, nos topamos con un lacónico letrero: “Fin”.

De suyo, sería entonces el momento triunfal de la famosa Parca, la mítica Mujer de la guadaña, la vencedora universal de todas las batallas y de todas las paces, de todos los pueblos y de todos los tiempos. Por muy diferentes que hayan sido nuestras vidas, recorriendo caminos distintos,

todos llegamos a la misma plaza, la Plaza de la Muerte que mata para siempre.

Pero entonces se produce el milagro, la sorpresa, la trampa divina en la que Dios cambia la muerte por la vida; de la vida mortal brota la vida inmortal, continuación de la Resurrección de Jesucristo, como el arroyo brota de la fuente y recorre la tierra. Desde entonces, la Muerte es engañada repetidamente, aunque nunca se convence, y siempre acude en busca de su presa, a reclamar lo que era suyo. Y siempre tiene que sufrir el ridículo de cumplir un extraño papel que no le corresponde: hacer de partera y de portera de la Vida: cuando llega el momento de abrir la puerta de la muerte, se encuentra que es el camino de la vida inmortal (¿Quién sabe si, en el fondo, se alegra, si es que en el esqueleto le queda corazón, siquiera un poco...?).

## **La muerte del cristiano**

De momento, estamos en camino. ¿Hacia dónde? ¿Hacia la muerte? ¿Hacia la vida? Hacia las dos, aunque en último término hacia la segunda, si bien pasando por la primera. Son las dos caras de una misma moneda, como una puerta tiene necesariamente dos lados, el de acá y el de allá. Afortunadamente, el lado triste y doloroso es pasajero, y el alegre y gozoso, para siempre. En Cristo no podemos suprimir ni la Cruz ni la Resurrección, pero Él vive en la Gloria, y la Pasión ya pasó. La Pascua es paso, pasaje pasajero hacia lo último y eterno.

¿La Pasión ya pasó? No del todo. Jesús de Nazaret es el Cristo, cabeza de la humanidad, su plenitud, su “pleroma”, su Cuerpo místico, misterico, que va extendiendo sus ramas por la Tierra como la viña de la parábola evangélica. Por el Espíritu Santo, Cristo prolonga en nosotros su experiencia histórica de muerte y resurrección. Nosotros, como en una carrera de relevos, tenemos ahora en las manos el testigo, la antorcha de la vida cristiana, para alumbrar un tramo del camino del mundo. Y nos toca morir su muerte para vivir su resurrección. Es Cristo, en realidad, el que muere en nosotros.

Entre otros muchos pasajes del Nuevo Testamento recogeremos al menos éste, que nos presenta la vida cristiana como una continua manifestación del misterio pascual:

“Si hemos muerto al pecado, ¿cómo seguir viviendo en él? ¿ignoráis acaso que todos a quienes el bautismo ha vinculado a Cristo hemos sido vinculados a su muerte? En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo, quedando vinculados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

Porque si hemos sido injertados en Cristo a través de una muerte semejante a la suya, también compartiremos su resurrección. Sabed que nuestra antigua condición pecadora quedó clavada en la cruz con Cristo, para que, una vez destruido este cuerpo marcado por el pecado, no sirvamos más al pecado, porque cuando uno muere, queda libre del pecado.

Por tanto, si hemos muerto con Cristo, confiemos en que también viviremos con él. Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir; la muerte no tiene ya dominio sobre él. Porque cuando murió, murió al pecado de una vez para siempre; su vivir, en cambio, es un vivir para Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios, en unión con Cristo Jesús” (Rom 6,2-11). Recordemos la condición de nuestra vida humana: vivir es desvivirse. Cada día tenemos que gastar parte del capital con que nacemos. Podremos gastarlo bien o malgastarlo, pero cada día, inevitablemente, perdemos parte de nuestros bienes. No podemos guardarlos. No podemos ahorrar. En el Banco del Tiempo tenemos una cuenta corriente con un capital determinado, desconocido para nosotros. Cada día llegamos a la ventanilla, firmamos un talón, y un impertérrito cajero nos da las veinticuatro horas, y vamos a gastarlas, cada uno a su manera. Inútil preguntar al empleado cómo va nuestra cuenta: tiene prohibido decir lo que nos queda. Y un día llegamos, firmamos el talón, pero nos dicen que no hay fondos, que nos quedan tan sólo algunas horas...

Cristo nos dice, en cambio: “No te apures, hermano. Gasta conmigo el tiempo, y te lo cambio por la eternidad. Si para tí sólo el vivir es morir, conmigo el morir es vivir”. “El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí, la conservará” (Mt 10,38-39).

Cada día que vivimos al margen del Señor, de sus caminos y de sus criterios, del Evangelio y de la Iglesia, es un día perdido para siempre, muerto y semilla de muerte. En cambio, cada día que lo vivimos por Cristo y con Cristo, siguiendo sus caminos y consejos, de acuerdo con nuestra vocación, en actitud contemplativa, con mirada de fe sobre los pequeños o grandes acontecimientos de la vida diaria, en el amor, en el servicio a los hermanos, en especial a los más débiles, enfermos y necesitados, entonces es un día que guardaremos para siempre y volveremos a encontrar con intereses multiplicados hasta el infinito.

Antiguamente había huchas de barro, donde los niños íbamos echando las monedas que padres o parientes nos regalaban por diversos motivos. No se podían abrir más que rompiéndolas, cosa que reservábamos para tiempos de fiesta, como la Navidad, el onomástico o la Feria. Pero entretanto llevábamos mentalmente la cuenta, y como gesto de esperanza agitábamos nuestra hucha de barro, donde sonaban alegres las monedas, como anticipo del día en que abriríamos nuestro tesoro.

Así, también, los niños de Dios llevamos el tesoro infinito de la vida inmortal en la hucha de barro que ha de romperse el día en que se rompa con la muerte, para entrar en la fiesta interminable, el domingo sin lunes del Reino de los Cielos. Como la mariposa sale de su crisálida desplegando las alas y se pone a volar en el aire y al sol, así también saldrá el hijo de Dios que llevamos ya dentro, volando libremente por los cielos del Reino.

No podemos negar, ni siquiera olvidar, los aspectos terribles de la muerte, el momento terrible de morir. Por algo le llamamos *agonía*, lucha cuerpo a cuerpo de la vida y la

muerte en nuestro propio cuerpo. Jesús, nuestra cabeza y nuestro maestro, no solamente quiso pasar por ese trance, abriéndonos camino, sino que se escribiera para nuestro consuelo y nuestro aliento.

En la oración del huerto estuvo triste hasta la muerte, pidiendo ayuda al Padre, como un niño pequeño que está lleno de miedo, y en la Cruz se sintió abandonado. Pero siempre, siempre, del fondo de su ser de Hijo de Dios, sacaba fuerzas para mantener su entrega incondicional al Padre, hasta la muerte y más allá.

También nosotros encontraremos en Cristo nuestra fuerza y nuestra esperanza. En la última cena nos dejó el testamento vivo y palpitante de la Eucaristía, a la que se ha llamado “el pan de los fuertes”, pero que bien podríamos también llamar “el pan de los débiles”, de los pequeños, los frágiles, los que necesitamos sacar fuerzas de flaqueza para seguir al Señor hasta el final.

Además, ya cuando estaba en la Cruz nos dio el regalo de su Madre, que tanto había cuidado de él desde pequeño, para que nos cuidase a nosotros, sus pequeños, los hermanos pequeños de Jesús, hasta que lleguemos como él a decir nuestro último “amén”.

Nadie sabemos de antemano cuándo ni cómo, en dónde ni por qué llegará nuestra muerte. Ella no avisa ni pregunta, no duda ni consulta. Viene de pronto, de repente y sin apelación. Pero no podemos decir que viene de sorpresa. A todas las muertes se podría aplicar el conocido título de la novela de García Márquez: “Crónica de una muerte anunciada”.

En realidad, se nos está anunciando continuamente y de mil maneras, si queremos oír la voz de Dios en la Escritura y en la Iglesia, al mismo tiempo que en nuestros pulsos y en nuestro corazón, que palpita sin cesar como un aviso, como una cuenta atrás del tiempo que pasa, y con su herida nos traspasa.

Sin negar el aspecto doloroso de la muerte, tampoco podemos olvidar los rayos de luz y de esperanza que nos llegan, aun en medio de la oscuridad, por la gracia de Dios que se nos da en esos momentos. Cristo, que quiso saber por experiencia lo que era la impotencia de no poder llevar solo su cruz, necesitando la ayuda del hermano, quiere ahora ser el Cirineo de todos los crucificados, los condenados, los moribundos de la historia.

Él puede, quiere y sabe ayudarnos, consolarnos, fortalecernos en el difícil trance de la muerte. Todos hemos visto muchos moribundos, unos, llenos de paz, de esperanza y hasta de alegría; la mayoría, al menos, con resignación, paciencia y fortaleza. Como dice el refrán: “Dios, que da la llaga, da la medicina”. El Espíritu Santo, como buena partera, sabrá darnos a cada uno el trato necesario para ayudarnos a bien morir, o, mejor dicho, a bien nacer para la vida eterna.

Al fin y al cabo, deberíamos estar deseando que llegara el momento, aunque entretanto lo esperemos con paciencia cristiana. Porque no vamos a la cárcel ni al verdugo, ni nos llevan secuestrados a un zulo, sino que nos espera el amor, la vida, el gozo y la alegría; el Padre, el Hijo y el Espíritu, con la santa familia de los ángeles y los santos, algunos de ellos ya viejos conocidos, aunque ahora más jóvenes que nunca.

Dice el Apocalipsis: “Vi también bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Y oí una voz potente, salida del trono, que decía: Esta es la morada de Dios entre los hombres. Habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y Dios estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos, y no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido” (21,2-4).